

El usuario de bibliotecas ante los nuevos soportes y los nuevos servicios: el usuario *electrónico*

Javier GIMENO PERELLÓ

Universidad Complutense de Madrid
Biblioteca
jgimeno@buc.ucm.es

RESUMEN

La transformación de los tradicionales soportes impresos de información en documentos electrónicos, digitales y telemáticos ha supuesto una revolución cultural sólo comparable a la provocada por la irrupción de la imprenta como indicio clave de la modernidad. Las NTIC no sólo han generado nuevas formas documentales, sino también, nuevos servicios de información, cuya incidencia en los usuarios aún no está suficientemente estudiada. Se propone una reflexión abierta acerca del impacto que el trabajo de los centros documentales, mediante los nuevos soportes y servicios tecnológicos, ejercen sobre los usuarios de la información.

Palabras clave: Usuarios de la información / Nuevas Tecnologías de la Información y las Comunicaciones / Soportes documentales / Servicios de información / Revolución tecnológica /

New supports; new services; new users

ABSTRACT

The transformation of the traditional supports forms of information in electronic, digital and telematic documents has supposed a cultural revolution only comparable to irruption of the printing like key indication of the modernity. The NTIC has not only generated new documental forms, but also, new services of information whose incidence in the users is not still sufficiently studied. We intend an open reflection about the impact that the work of the documental centers, by means of the new supports and technological services, they exercise on the users of the information.

Key Words: Information users / Information and Communication Technologies / Documentaries supports / Information services / Technological Revolution /

Sumario: 1. Introducción. Manifestaciones de la sociedad tecnológica. 2. Usuario electrónico. 3. Conclusión. 4. Bibliografía citada.

1. INTRODUCCIÓN. MANIFESTACIONES DE LA SOCIEDAD TECNOLÓGICA

El nuevo entorno tecnológico no sólo significa una profunda transformación al interior de los muros de las bibliotecas. Está generando un cambio sustancial en la

manera en que los usuarios de los servicios bibliotecarios están percibiendo y recibiendo tales servicios; asimismo, en su comportamiento ante los nuevos medios y los nuevos productos documentales que reciben. Las nuevas tecnologías del hiperdocumento interactivo, la web o la biblioteca digital están provocando tanta o más convulsión que las viejas del papel, el lápiz o la imprenta.

Si en la época premoderna el predominio lo ejercía la naturaleza sobre la sociedad y la cultura, la era moderna de la Revolución industrial y de la razón contempló el predominio de la cultura sobre la naturaleza. En la sociedad tecnológica la cultura hace referencia directa a la cultura, donde ésta se revive o se preserva de modo artificial. Debido a la convergencia de la evolución histórica y el cambio tecnológico hemos entrado en un modelo puramente cultural de interacción y organización sociales, de ahí que la información sea elemento nuclear, y los mensajes intra e interredes la fibra básica de la estructura social. Lo cual no significa, para el sociólogo Manuel Castells, que la humanidad se haya reconciliado consigo misma, sino casi lo contrario. Es la *sociedad red*, donde el poder lo ejercen los conmutadores que conectan las redes (Castells, 1997).

En el *Paradigma digital* de Bernardo Díaz Nosty la dimensión ordenancista y normativizadora de las tecnologías de la información domina amplias parcelas de organización social, bajo el imperativo de la razón de la eficacia, de la racionalidad del pensamiento o de la productividad, todo ello fundamentado en la infalibilidad de las máquinas inteligentes (Díaz Nosty, 1994).

Es para Breton el paradigma del *homo comunicans*, un “ser puramente social, un ser interior y sin cuerpo, que vive totalmente vuelto hacia lo social, que sólo existe a través de la información y el intercambio en una sociedad hecha transparente gracias a las nuevas máquinas de comunicar” (Breton, 1990). La culminación de la cultura binaria para Hamelink, “*la nueva religión de nuestra época: el absolutismo electrónico, la culminación de la conciencia empírico racional*” (Hamelink, 1991).

La *Realidad infovirtual* o *infovirtualidad* es un término acuñado por el filósofo Javier Echeverría, que define el fenómeno de la información y constituye una manifestación de las tecnologías informáticas y comunicacionales (Echeverría, 1999). Lo virtual se vuelve real pues la simulación virtual posee una realidad propia capaz de sustituir las carencias de la realidad real; es lo que Quéau llama “*realidad aumentada; a su vez, lo real posee cierta virtualidad, a la que Aristóteles llamaba “potencia”*” (Quéau, 1995). La sociedad *infovirtual* de Javier Echeverría entronca con la larga tradición de mundos de ficción. Son ahora los artefactos tecnológicos los que alteran nuestras percepciones y nos transportan a mundos que son puro artificio.

Las dos últimas décadas del siglo XX constituyen para el lingüista Raffaele Simone la *tercera fase* del conocimiento, caracterizada por la combinación de los sentidos a través de los medios audiovisuales: la vista y el oído. En esta tercera fase se recupera en cierto modo la oralidad de los orígenes del conocimiento —la *primera fase* según Simone—, sólo que ya impregnada del peso de la cultura impresa: oralidad y visualidad propiciada por los nuevos medios. El paso de la escritura a la oralidad, a la visión y a la escucha en la tercera fase ha producido grandes transformaciones en nuestro modo de pensar y de conocer. A estos cambios hay que añadirles un tercero menos visible pero más importante: el esfuerzo de nuestra mente sobre las informa-

ciones, su modo de recibirlas y de elaborarlas. Para Simone, probablemente con las nuevas formas de conocimiento se lleguen a activar nuevos módulos o nuevas funciones de la mente, a la vez que viejos módulos volverán a un estado de reposo, o quizá desaparezcan (Simone, 2000).

A finales del siglo XX hemos pasado de un estado en que el conocimiento evolucionado se adquiría a través del libro y la escritura fundamentalmente, es decir, a través del ojo y la visión alfabética, a través de la inteligencia secuencial, a un estado en el que el conocimiento se adquiere también a través de la escucha, el oído, o la visión no alfabética, es decir, a través de la inteligencia simultánea. Si antes prevalecía la linealidad, prevalece ahora la simultaneidad. Sartori habla del nacimiento de un *homo videns* propio de la modernidad, que ya no es portador de pensamiento, sino de postpensamiento. Estamos experimentando no sólo un cambio de costumbres sino una profunda transformación del estilo cognoscitivo (Sartori, 2000).

Asistimos, por tanto, a una redefinición y reconceptualización de los sujetos que conforman el conocimiento, el pensamiento y la información, como son sus autores o productores, los documentos, las bibliotecas, las universidades, y, evidentemente, los usuarios. Ello puede detectarse, por ejemplo, en muchos proyectos arquitectónicos bibliotecarios, paradigma de las nuevas formas de conocimiento en términos temporales más que espaciales: bibliotecas sin muros que son no espacios, resultado de una *arquitectura kinética*, del movimiento, configurada, como la red, por nodos, cables, intersecciones, bits, satélites.

Las consecuencias culturales y sociales de la revolución electrónica tienen menos que ver con ésta y con sus tecnologías que las formas y métodos de conocimiento que han introducido.

El conocimiento circula alrededor de estos espacios no espaciales a través de las redes y de sus entrecruzamientos, no ya en cuerpos cerrados por tapas y costuras, no construido en un espacio, sino en tránsito por él. Su andadura por el no espacio virtual le confiere la habilidad de encontrarse, reencontrarse y fundirse con otros conocimientos sin fronteras epistemológicas ni espacios textuales rígidos y jerárquicos, en un ejercicio de interdisciplinariedad, aún de *transdisciplinariedad* (Edgar Morin). El conocimiento que era entes enciclopédico, compartimentado y jerárquico, deviene ahora circular, interdisciplinario y transversal. “El sistema de la biblioteca que tradicionalmente era un arte de clasificación tiene que convertirse en un arte de tránsito”. Surge un nuevo orden del conocimiento “y el mito de la biblioteca universal parece mucho más que nunca un paradigma del conocimiento” (Bazin, 1998).

2. USUARIO ELECTRÓNICO

Ya no se trata tanto de experimentar la revolución tecnológica, pues de hecho ésta ya hace tiempo que se produjo, sino de asistir a lo que podríamos llamar, parafraseando a Carla Hess, la *reinención pública de la comunidad de usuarios de servicios de información en su despertar* (Hess, 1998). Es decir, cómo los usuarios van a utilizar los nuevos medios, y para qué fin.

Quedan lejos los usuarios divididos en categorías sociales (cultos o populares), políticas (públicos o privados) o económicas (usuarios de servicios gratuitos o de pago), tal y como ha establecido el grupo de diseñadores de la nueva Biblioteca Nacional de Francia *François Mitterand*, con el bibliotecario Robert Berring al frente. Los usuarios piensan ya en su modo de accionar en el tiempo, no en el espacio jerárquico de las divisiones impuestas. Se distingue entre usuarios-lectores-investigadores *electrónicos* y no electrónicos, siendo los primeros considerados *en un largo plazo*, frente a los segundos. El usuario electrónico conoce las fuentes y todos los recursos y herramientas informativas que precisa, las tecnologías de la información y/o de la investigación. No siempre con la ayuda del bibliotecario, puede construirse su camino hacia la información que necesita a través de la biblioteca híbrida y de la selva electrónica de la red en un viaje sin dirección fija fuera del espacio, en el ciberespacio, hacia la dimensión del tiempo. Los textos sin corazas ni límites que flotan en el no espacio navegable de las bibliotecas sin estanterías ni muros, entre lectores interconectados en comunidades virtuales de tele-investigadores, de tele-estudiantes, de tele-usuarios de cualquier índole, constituyen el paradigma de la utopía, del no espacio, de la *a-topía*.

Cuando en 1965 Ted Nelson llamó hipertexto a esa manera nueva y original de presentar en ordenador un texto susceptible de relacionarse y enlazarse con una infinidad de textos, estaba comenzando a hacer realidad la vieja idea de Vannevar Bush, deudor a su vez –sin saberlo, probablemente– de aquel proyecto de Otlet y Lafontaine, de concebir un gigantesco sistema de almacenamiento del saber humano que permitiera conectar entre sí todos los documentos. Nelson llamó al programa informático de su idea *Xanadú*, figura simbólica de la memoria para Coleridge y nombre del palacio del emperador mongol Ku Blai Khan. *Xanadú* sería capaz de gestionar una verdadera biblioteca universal donde figurarían todos documentos del mundo, una especie de *docuverso* (Nelson, 1980).

La *tecnologización* de la palabra –en términos de Walter Ong– es llevada al extremo cuando entra en la red, su referencia se vuelve más aleatoria y movable que cuando permanece fija en el papel, ganando en fluidez lo que perdió en estabilidad (Ong, 1993). El texto deja de ser la masa inerte de fonemas y lexemas para convertirse en un cuerpo inmaterial e ingravido sin atadura ninguna con un lugar de origen. El texto se vuelve a-espacial y a-temporal. Es la ruptura del espacio tiempo. La dirección URL del servidor donde se halla la referencia buscada en el metatexto se convierte en un no-lugar, y además no importa que lo sea. La noción de página ha desaparecido, ya no es tributaria de orden alguno como lo era en un cuerpo encuadernado y por ello la instancia del discurso se cercena de cuantos elementos conformaban el régimen impreso. En el hipertexto *“triunfa por excelencia la ideología del ‘aquí y ahora’”* (Vandendorpe, 2003).

Relevantes fenómenos como la biblioteca virtual, las nuevas estructuras textuales como los hiperdocumentos interactivos en soporte digital y en red, el hipertexto, el libro-juego, el libro electrónico, etc., productos todos ellos de las NTIC, rompen la concepción espacial de los tradicionales soportes para adentrarse en la

temporalidad y espacialidad de los soportes nuevos. Las NTIC han permitido la liberación de toda la potencia y capacidad del hipertexto y todos los demás soportes electrónicos de información.

La textualidad digital de los vínculos electrónicos que unen *lexias* o unidades de significado que pueden adoptar la forma de palabras, imágenes fijas o en movimiento o sonido, permite al hipertexto ir mucho más allá del libro impreso. Para Barthes, creador del concepto de *lexia*, ésta es la “unidad arbitraria en la que se separaba el texto para discernir bloques de significado de los cuales la lectura tan sólo capta la superficie, imperceptiblemente soldados por el movimiento de las frases, el discurso fluido de la narración, la ‘naturalidad’ del lenguaje corriente” (Duguid, 1998:84).

Su factor definitorio, el vínculo electrónico, produce una lectura multilineal, multiseccional y tridimensional que facilita al usuario la elección de su tránsito informativo a través de los enlaces que desee establecer: separando, uniendo o relacionando un texto a tenor del punto de vista o del enfoque que se le quiera dar. El usuario redefine dinámicamente la visibilidad, y por tanto, la legibilidad del hipertexto según sus propios intereses. Cada unidad textual da paso a un acceso no secuencial: el texto creado reproduce la estructura no lineal de las ideas por oposición al formato lineal del libro, el cine o la palabra. A diferencia de la univocidad de la obra impresa, el documento hipertextual es multivocal.

Como instrumento de escritura, el ordenador es el emblema mismo del texto abierto. El ordenador da la impresión de que estabiliza el texto, pero, por el contrario, realmente lo desarticula, lo deja abierto, lo vuelve virtual. Con el ordenador el texto se hace inmaterial, rueda por todas partes, pierde su paternidad.

La tecnología de la escritura inducirá a cambios en la conciencia común y quizá antes o después ya nadie se acordará del texto cerrado y protegido. El texto electrónico representa el espacio virtual del ordenador y de la red, lo que siempre hemos ejecutado en nuestra mente, es decir, crear sistemas de relaciones, reproducir físicamente la virtualidad de la mente humana, materializar la red de relaciones que sólo residían en la privacidad de nuestras mentes y que el papel no permitía fijar.

Los documentos electrónicos no sólo preservan el atractivo de la información sino que lo refuerzan. Permiten su reorganización, su descontextualización, su transferibilidad, su transformación o incluso su eliminación. La posibilidad de trasladarlo o agregarlo a otro documento, y hasta sustituirlo, nos hace concebir el contenido como sustancia extendida sin forma.

Los límites de la textualidad impresa se quiebran con el texto electrónico, la digitalización o el hipertexto: los límites del texto mismo en su concepción espacio-temporal, los que separan al autor del lector y los que distinguen el texto de la imagen.

La hipertextualidad sustituye la arquitectura racional de la biblioteca y el orden jerárquico del libro mediante la inmersión en una red dinámica donde la importancia de cada nodo depende de los otros nodos. Según Yankelovich, “hipertextualizar un texto no produce un libro electrónico sino una biblioteca electrónica en miniatura” (Yankelovich, 1991).

Para Régis Debray el lector ya no es sólo espectador sino más bien coautor de lo que lee. Si en su día fue monólogo, el documento se hace ahora diálogo, no es invariable ni estático sino mosaico en movimiento formado por texto, imagen y sonido donde el lector puede inventar su propio acervo en la encrucijada no jerárquica de nodos. Las bibliotecas, con su enorme capacidad de acceso universal al conocimiento, la apropiación libertaria de fuentes, bajo la vieja máxima de “*a cada uno su propio libro*”, ofrece al lector-usuario algo mucho más lúdico y no dogmático, menos autoritario y más libre y festivo. Por ello para Debray el hipertexto es el texto ultrademocrático por naturaleza, “*huérfano y sin propiedad, sin límites y sin fronteras*”, manipulable por todos y apto para ser distribuido a todos los rincones del planeta. (Debray, 1998).

El hipertexto traslada el poder del autor al lector, reconcibiendo los propios conceptos de autor, de lector o de texto.

El texto electrónico es como la escritura sin libro, “*transforma el acto de escribir como tarea, a escribir como espectáculo*”. Con la pérdida de la página como espacio y la rigidez del volumen encuadernado, “*desaparece un paisaje acogedor y se abre una nueva era que también es una zona de volatilidad e instantaneidad*”.

Régis Debray alerta de esta pérdida de amarres políticos y simbólicos del navegante posmoderno en este no lugar descentrado, sin telos, “*inmerso en un mar de signos sin orillas, no atado a ningún puerto*”, que es sin embargo para algunos “*emancipación prodigiosa por la desaparición de trascendencias obsoletas*” (Debray, 1998).

Puede ocurrir en el hipertexto lo que Authier y Levy denominan *cosmopedia*: “*el hecho de consultar una señal figural, un plano, una relación, un texto modifica las indicaciones de centralidad y estabilidad asociadas a la expresión y transforma a la vez la topología de la red hipertextual... la cosmopedia es como un espacio relativista curvado por la consulta y la inscripción*” (Authier-Levy, 1992).

El hipertexto y la interactividad sustituyen la autoindexación de textos por otros textos, optando por combinar la información extraída frente a la catalogación rígida y la clasificación enciclopédica. Apuesta por la pluralidad del mundo de la documentación y prefiere el la heterogeneidad de la experiencia cambiante del conocimiento al unificado y convergente.

Para Michael Joyce el texto electrónico es una estructura de creencias disipativa, y por tanto, encarna una multiplicidad de formas en el esquema asociativo que presenta, donde los contornos no son formas en el texto, el autor o el lector sino los momentos que expresan relaciones entre ellos en la forma del lector como escritor (Joyce, 1998).

El texto electrónico nunca se completa. Sólo se cierra cuando convierte al tiempo en lineal y el texto queda fijado, convirtiéndose en texto impreso. Y aún así, una parte, una *lexia* del texto electrónico deja de trazarse sobre sí misma y el autor es sustituido, convirtiendo al lector en autor. Así, el mundo pensado por el autor del hipertexto es un lugar de encuentro donde el futuro es creado continuamente “*como estructura disipativa*”.

El hipertexto modula la interacción del lector con el documento, de modo que éste puede reaccionar a los estímulos que le ofrecen los hipervínculos presentados

en la pantalla —iconos, colores, etc.—. Pierre Laurette denomina *dialogismo electrónico* a esta cualidad del hipertexto (1993).

La relación del autor con el lector se vuelve más dialógica, acentuada con la posibilidad de infinitas asociaciones que el hipervínculo permite. Esa relación dialógica del autor con el lector que para la filosofía hermeneútica de Gadamer es consustancial de todo texto, deviene ahora mucho más intensa con el hipertexto, y más aún con el hipertexto interactivo en la red.

Pero el diálogo por sí mismo no basta para crear interactividad. Debe estar integrado en un contexto mediático o textual susceptible de aceptar cuantas modificaciones interroga el usuario. El escrito sólo deviene diálogo con el lector en la red, en el plano virtual. En ese no lugar, la relación dialógica retorna a la oralidad. Oralidad y texto impreso se encuentran en la red a través del diálogo.

Las bases de datos hipertextuales, como por ejemplo las bases de datos enciclopédicas, poseen una estructura dialógica, o al menos semi-dialógica, pues guían al lector a través de las redes de asociaciones y de las propias realidades que encubren las palabras.

El autor de un hipertexto puede establecer los grados de interactividad con el lector. A diferencia de la cultura impresa que imposibilitaba la relación autor-lector, ahora esta puede establecerse de forma instantánea mediante los hipervínculos y la integración de lo visual con lo textual.

La interactividad en el medio electrónico —esa “capacidad del usuario de *crear acontecimientos en la página*”, según Vandendorpe— se reconcilia con la oralidad y va más allá (Vandendorpe, 2003).

A diferencia del texto impreso, el hipertexto es más opaco, pues sólo permite leer lo que sus ojos ven en la pantalla, mientras que el lector tiene en sus manos todo el contenido del libro en tanto objeto que puede ojear y en el que detenerse a su gusto. El libro abarca un campo del conocimiento ampliable con otros libros; el hipertexto contempla una mínima parte del conocimiento que, a diferencia de aquél, es susceptible de asociarse con otras parcelas del mismo hasta enhebrar un corpus más o menos completo. Su lectura es también distinta: mientras el texto impreso invita a una lectura duradera y de cierta continuidad, la lectura del texto electrónico está marcada por la urgencia, la discontinuidad y por la obligación de efectuar elecciones en constante renovación. Mientras el libro asegura una lectura de principio a fin que sólo puede romper el deseo del lector, la lectura del hipertexto depende más del camino que el hipervínculo va marcando.

Con frecuencia el lector de hipertexto hace algo distinto que leer, como mirar iconos, seleccionar un botón, desplegar una ventana, abrir otro texto, etc. De lector puede pasar a espectador, a oyente, de nuevo a lector, según su preferencia o estado anímico.

En el hipertexto cada fragmento está aislado y el lector corre el riesgo de que cada enlace le lleve más lejos de su punto de partida. El hipertexto otorga al lector la libertad del lenguaje hablado, de la conversación, mientras el texto impreso presenta la idea de manera compacta y cerrada, sin posibilidad de participación del lector: “*El texto impreso consagra por excelencia el triunfo de la idea fija y de la coherencia*”.

Al igual que Pennac propuso para el lector de novelas, Christian Vandendorpe es partidario de establecer derechos para el lector del hipertexto, como el derecho a conocer el volumen de texto propuesto, así como la cantidad de imágenes, la duración total de los clips sonoros y de vídeo; a entrar en el texto en el punto en que uno lo desee; a leer en forma continuada las diversas unidades dedicadas a un mismo tema; a recuperar fácilmente un pasaje leído anteriormente y releerlo; o a anotar las páginas leídas (Vandendorpe, 2003).

Para Vandendorpe, una obra informativa debería dar al lector el máximo de controles tabulares. Debería poder encontrar en un documento electrónico todos los elementos de que el lector dispone en un libro y algunos más. En un nivel más elevado, el lector debe estar en condiciones de tener una mirada de conjunto sobre el documento hipertextual, ser capaz de situar el lugar del segmento que está leyendo y captar sus pormenores en el conjunto de la obra. La pantalla debe poder proporcionar todas las posibilidades visuales que ofrece el hipertexto, un espacio 'natural' donde se puedan realizar todo tipo de operaciones de búsqueda y selección de información, lectura, escritura, intervención en el texto, diálogo con el autor o con el documentalista, etc.

Sin embargo, la digitalización, el hipertexto, la interactividad o la navegación adquieren severos riesgos. Uno es la dificultad para respetar el contexto en el cual fue creado un documento original. Chartier (1992) advierte de la afrenta infligida al manuscrito, incunable o códice en el proceso de digitalización. A la vez que la transferencia a formato electrónico ofrece múltiples posibilidades al documento histórico, se corre el alto riesgo de ignorar o suprimir las formas que ayudaron a construir sus significados históricos. Otro riesgo es el de practicar una navegación sin rumbo ni razón, correlato de la navegación nómada del nihilismo posmoderno que conduce al relativismo y al tribalismo cultural. No menor es el riesgo de cesura definitiva entre el testimonio ocular y su relación con la realidad, algo que el libro impreso suele garantizar a través de la responsabilidad y la realidad del autor. Así, la constante actualización de muchos documentos electrónicos científicos ilustra una de las paradojas de la hipertextualidad: estalla en la pantalla la realidad más inmediata a la vez que pierde en seguida su fuerza al *no estar ahí* y por consiguiente *no ser*.

Uno de los mayores obstáculos de la lectura hipertextual son los efectos de descontextualización. Aunque el hipertexto parece estar en el marco de un contexto dado, no siempre es así. Los hipervínculos conducen a otras informaciones relacionadas con la que estamos trabajando o nos interesa, pero no tiene que ser así en todos los casos. En cada nuevo clic corremos el riesgo de alejarnos del contexto que seleccionamos al principio y conducirnos por caminos inextricables hacia ninguna parte. Cada enlace es una invitación a ir más lejos, "una promesa de contenido" (187). El ratón, como el mando del *zapping*, nos deja creer que tenemos el control. La navegación con el ratón puede ser caótica y rápida, nada favorable a la lectura. Parfraseando a McLuhan, el navegante recibe el *masaje* del medio pues el mensaje ha desaparecido. La consulta del hipertexto está avocada a la inmediatez y la urgencia, muy alejada de la lectura reflexiva y serena. Al igual que el *zapping*, el *cliqueo* tan solo *nos resguarda del aburrimiento*.

3. CONCLUSIÓN

Las nuevas tecnologías digitales y electrónicas de la información suponen un cambio de lo físico a lo virtual en el proceso de búsqueda y acceso en nuestro entorno documental. Lo que Braudillard llama el cambio de lo táctil a lo digital, de la tinta al código binario, produce una tecnología que combina orden y accesibilidad, flexibilidad e inmutabilidad, pero no gratis. El precio que paga el usuario es el de no poder consultar el documento electrónico original. El documento que un usuario consulta en Internet o recibe por correo electrónico no es el original del autor sino una copia que aparece en su pantalla. Lo mismo sucede con el documento impreso, pero, a diferencia de éste, el documento electrónico original puede haber sido modificado por su autor inmediatamente antes de recibirlo el lector. El lector siempre verá una imagen virtual del documento. El documento impreso es siempre, por tanto, un documento real, físico, mientras que el documento electrónico o digital es siempre virtual, y por tanto, evanescente. La fiabilidad depende del propio autor. Frente a los antiguos registros escritos que los egipcios conferían permanencia e inmortalidad, los nuevos textos electrónicos se difuminan, cambian o desaparecen en el ciberespacio.

Sin embargo, las posibilidades ilimitadas de duplicar, archivar, actualizar o eliminar en tiempo real, el acceso inmediato a la velocidad de la luz a fuentes de información en cualquier rincón del planeta donde se ubiquen, la obtención instantánea de documentos o el intercambio de comentarios y opiniones entre usuarios alejados a miles de kms., favorecen una lectura extensiva, la transversalidad multidisciplinar o la comparación entre diferentes documentos, ofreciendo a los usuarios que habitan ese entorno un *paisaje mental* que les invita a bucear en el espacio interminable del documento electrónico, frente a la soledad ante la página impresa.

Disponer de muchas copias de un mismo documento sin necesidad de recurrir a la imprenta, no sólo *“eliminó el aura de objeto único”*, como señaló Walter Benjamin, sino que cambió la forma de concebir la conservación de la información. Mientras el conservador de manuscritos trata por todos los medios de guardarlo escondido en el rincón más oculto y ahora bajo férreas medidas de seguridad para evitar su deterioro impidiendo su acceso a los lectores, con la imprenta la preservación del texto se hacía de modo completamente inverso: el editor se preocupaba de imprimir un número de copias suficientes para que su libro pudiera ser leído por el mayor número de lectores posibles. En la era electrónica, la virtualidad del texto no requiere de copias para su divulgación.

Algunos de los problemas más importantes que se nos presenta a los bibliotecarios se localizan antes del proceso de lectura intensiva, en la exploración de la gran masa de datos dispersos, heterogéneos y descontextualizados. La sociedad tecnológica fundamenta su existencia en la información, de suerte que ésta se convierte en su razón de ser, produciéndose lo que Cornellá llama *infoxicación* o Postman *Sida* (*Síndrome de Inmuno-Deficiencia Antiinformativa*): todo el mundo *tiene que estar informado, no importa de qué ni para qué*. *“La información aparece indiscriminadamente, dirigida a nadie, en enorme volumen, a altísima velocidad y sin relación con teoría, sentido o necesidad alguna”* (Postman, 1994). La información adquiere

categoría metafísica, el hombre deviene *procesador* y la naturaleza información a procesar. En consecuencia, se genera una nueva categoría de basura, la basura tecnológica, el detritus informativo.

Para el bibliotecario Patrick Bazin la verdadera dificultad técnica reside en la interacción entre la estación de trabajo y su entorno, cuyos límites se difuminan en la totalidad de la información y documentación diseminada por todo el mundo. Ya no se trata, como bien sabemos, de la *apropiación* del documento, sino de la localización mediante estrategias de búsqueda perfectamente formuladas en todas las fuentes a través de un *no espacio* constituido por cuerpos de conocimiento. “*El nuevo orden de conocimiento emerge a través de la búsqueda de una mayor expansión del texto y de sus modos de lectura*” (Bazin, 1998). La biblioteca será por excelencia el buque insignia de la navegación ciberespacial o no será.

La biblioteca se debate entre el espacio físico cerrado y limitado para la lectura intensiva, reflexiva, o la fosilización de la memoria y la jerarquización esquemática y reaccionaria del conocimiento acumulado o revelado, y entre el no espacio virtual del nuevo entorno tecnológico-documental. Biblioteca híbrida en la cual convergen documentos impresos y digitales, donde el libro como objeto va perdiendo su espacio principal en el ámbito cultural, político, social y cognitivo.

El nuevo usuario puede ahora acogerse a derechos que el usuario del libro impreso no tenía. La escritura electrónica acostumbra al nuevo usuario a intervenir en el proceso de selección y clasificación de la información, pudiendo transmitirla o intercambiarla abiertamente con otros usuarios a la velocidad de la luz, creándose de este modo expectativas que el papel no le permitía. Mimado por las posibilidades de los nuevos medios, sus desplazamientos no están limitados en el espacio tiempo, ni por el viejo orden principio-fin, ni siquiera por la clasificación, el encabezamiento, el título, el descriptor, el orden alfabético, ni mucho menos, el autor.

En 1970 W. J. Bate observa una relación alarmante entre las innovaciones tecnológicas y el afán de liberarse de todo lo no moderno, aburrido o pasado de moda. Sugiere Bate que a medida que mejoran las técnicas de conservación cultural, tales como las bibliotecas, los museos o las tecnologías, el anhelo por acabar con el pasado se torna obsesivo (Bate, 1970). Tal es la *capacidad* de liberación y autonomía que se pretende otorgar a los nuevos medios electrónicos textuales que parecen haber logrado la *deconstrucción* definitiva de viejas autoridades y obsoletas instituciones, en una clara remembranza de Marinetti y su afán por hacer desaparecer los museos y las academias, incendiar las estanterías de las bibliotecas y aniquilar lo antiguo, junto con el “Tiempo y el Espacio”[...] “*por la velocidad de la nueva tecnología*” (Marinetti, 1909).

Son comunes en ésta y en otras profesiones relacionadas con la información los enunciados del tipo “*la información quiere ser libre*”, “*liberar a la escritura de la estructura congelada de la página*”, “*liberar al texto*”, “*la información tiene que moverse*”, etc., en ese ejercicio tan usual de confundir el sujeto con el objeto, otorgando a éste el derecho a una libertad que se obvia, cuando no se usurpa, a aquél. La futurología tecnológica tiene por costumbre atribuir la racionalidad, los derechos o la autonomía de las gentes y sociedades a las máquinas. Así, la información, igual

que el mercado, adquiere atributos humanos y una cierta independencia respecto del control del hombre. “*Se invoca a la tecnología para hacer con la información lo que la teología pretende hacer con el alma*” (Duguid, 1998). La libertad y el derecho a la información, que tanto ha costado conseguir en muchos países como el nuestro, se transforma de repente en la libertad y el derecho de la propia información, mucho más libre ahora gracias al beneplácito de lo electrónico.

El cambio antropológico que la humanidad vive con el advenimiento de las grandes tecnologías del presente hace que seamos capaces de alcanzar el mayor bienestar material y espiritual jamás soñado y al mismo tiempo el mayor índice de pobreza y destrucción jamás imaginado, los niveles educativos y culturales más altos de la historia pero también las mayores y más deplorables vilezas, unas sociedades dotadas de toda la información existente en el mundo junto a grandes colectividades sin ninguna oportunidad de acceso al conocimiento más elemental.

La creciente sofisticación de los métodos de acceso a la información aparece acompañada de la fugacidad de referentes estables que el orden del libro solía proporcionar. Debemos asegurarnos de que todos nuestros usuarios posean y conozcan todos los medios adecuados para disponer de la información que necesitan. Ciertamente, la biblioteca continuará jugando un importante papel en el acceso igualitario y democrático a la información, en la superación de la brecha abierta entre quienes dominan las herramientas tecnológicas y quienes no las dominan, para reinventar todos juntos el espacio público del conocimiento, sin el cual el conocimiento adquirido no es cultura.

“*La información nos vuelve más eruditos y sabios sólo si nos acerca a los hombres*” (Saramago, 2002).

4. BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AUTHIER, M. y LÉVY, P (1992): “La Cosmopédie: une utopie hypervisuelle”. *Creative computer*, 6-11
- BATE, W. J. (1970): *The burden of the past and the english poet*. Cambridge: Belknap Press.
- BAZIN, Patrick (1998): “Hacia la metalectura”. En: Nunberg, Geoffrey (comp.) (1998): *El futuro del libro: ¿Esto matará eso?* Barcelona: Paidós.
- BRETON, Philippe (1990): *L'eutipe de la communication. L'urgence de l'homme sans interieur*. París: La Découverte.
- CASTELLS, Miguel (1997): *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Vol.1: La sociedad red*. Madrid : Alianza, 1997.
- CHARTIER, R. (1992): *L'Ordre del livres*. París : Alinea
- DEBRAY, Regys (1998): “El libro como objeto simbólico”. En: Nunberg, Geoffrey (comp.) (1998): *El futuro del libro: ¿Esto matará eso?* Barcelona: Paidós.
- DÍAZ NOSTY, Bernardo (1994): “El mito tecnológico y la sociedad tecnológica avanzada”. En: *La sociedad de la información: amenazas y oportunidades*. Foro VII Centenario UCM (Madrid, 9 – 11 de mayo 1994). Madrid: Ed. Complutense.
- DUGUID, Paul (1998): “Cuestiones materiales: El pasado y la futurología del libro”. En: Nunberg, Geoffrey (comp.) (1998): *El futuro del libro: ¿Esto matará eso?* Barcelona: Paidós.

- ECHEVERRÍA, Javier (1999): *Los señores del aire : Telépolis y el tercer entorno*. Barcelona: Destino.
- ECHEVERRÍA, Javier (2000): *Un mundo virtual*. Barcelona: Plaza y Janés (Círculo cuadrado).
- HAMELINK, C. (1991): "Informatización: hacia una cultura binaria". En: Gómez Mont, C. (ed.): *Nuevas tecnologías de comunicación*. México: Trillas.
- HESS, Carla (1998): *Los libros en el tiempo*. En: Nunberg, Geoffrey (comp.) (1998): *El futuro del libro: ¿Esto matará eso?* Barcelona: Paidós.
- Hipertexto infinito: Los desconocidos de siempre* (2003).
<http://www.ilhn.com/datos/archives/000307.php> [Consulta: 14/10/2004]
- JOYCE, Michael (1998): "Sustituyendo al autor: un libro en ruinas". En: Nunberg, Geoffrey (comp.) (1998): *El futuro del libro: ¿Esto matará eso?* Barcelona: Paidós.
- LAURETTE, Pierre (1993): *Lettres et Techné*. Montreal: Balzac.
- MARINETTI (1909): "Manifiesto del Futurismo. *Le Figaro*, 20 de febrero
<http://cours.cegep-st-jerome.qc.ca/530-gjb-p.l/manifest.htm>
[Consulta 08/10/2004]
- NELSON, T. H. (1980): "Interactive systems and the design of virtuality". *Creative computer*, 6-11.
- NUNBERG, Geoffrey (comp.) (1998): *El futuro del libro: ¿Esto matará eso?* Barcelona: Paidós.
- ONG, W. (1993): *Oralidad y escritura : tecnologías de la palabra*. Trad. de Angélica Scherp. México: Fondo de Cultura Económica.
- POSTMAN, Neil (1994): *Tecnópolis: la rendición de la cultura a la tecnología*. Madrid: Círculo de Lectores; Galaxia Gutenberg,
- QUÉAU, P. (1995): *Lo virtual : virtudes y vértigos*. Barcelona : Paidós.
- SARAMAGO, José (2002): "¿Para qué sirve la comunicación?". En: *El mito de Internet*. Santiago de Chile: Ed. Aún Creemos en los Sueños.
- SARTORI, G. (2000): *Homo videns: la sociedad teledirigida*. Madrid : Taurus.
- SIMONE, Raffaele (2000): *La Tercera Fase: formas de saber que estamos perdiendo*. Madrid: Taurus.
- VANDENDORPE, Christian (2003): *Del Papiro al Hipertexto: Ensayo sobre las mutaciones del texto y la lectura*. Trad. De Víctor Goldstein. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- YANKELOVICH, Nichole (1991): "De los libros electrónicos a las bibliotecas electrónicas". En: Delany, P y Landow, G. P. (comps): *Hypermedia and literary studies*. Cambridge: MIT Press.